

Elogio de la palabra

JULIÁN MOREIRO

Madrid, 2015

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca
Sede Social: c/ Abada, 2 5º 4-A
28015 Madrid
Depósito Legal: M-27662-2015
Maquetación: A.D.I. Pza. de Argüelles, 7. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82

ELOGIO DE LA PALABRA

(CONFERENCIA PRONUNCIADA POR EL AUTOR EN LA UNIVERSIDAD DE
MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA EL DÍA 14 DE MAYO DE 2015)

Según dicen los científicos, los principales elementos que intervienen en la composición química de nuestro cuerpo son, por este orden, oxígeno, carbono, hidrógeno, nitrógeno y calcio. Yo echo de menos en esa relación otro elemento, y no menor pues es el que forja y galvaniza al ser humano: la palabra, la droga más potente que ha utilizado nunca la humanidad, al decir de Kipling; lo más bello que se ha creado, según Ana María Matute. Tan humana es que para señalar la valía de alguien decimos que es una persona de palabra. Uno de los compromisos más nobles deriva de decirle a otro: “Te doy mi palabra”. Pocas cosas precisan mejor el valor de una persona que hablar a tiempo y saber callar. “Por la boca muere el pez”, afirma el dicho, para subrayar la certeza de que no hay negocio más delicado que saber usar las palabras.

Existimos porque hablamos. Somos porque somos capaces de comunicarnos. Vivimos para contarlo, y si no lo podemos contar, es como si no lo hubiéramos vivido: alguien dijo que somos seres narrativos. Las cosas ocurren una vez, pero la palabra nos da la oportunidad maravillosa de hacer que vuelvan a pasar tantas veces como las contamos. De modo que si no dispusiéramos de la lengua, tendríamos serios problemas para saber algo que valiera la pena de nosotros mismos.

Los hombres han tenido presente esta idea desde siempre. Por eso la palabra forma parte de los mitos, narraciones fundacionales que permitieron a nuestros antepasados más remotos aquietar sus pesadillas. Según la mitología que mejor conocemos, la cristiana, “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”, como dice el evangelio de San Juan identificando al verbo –la palabra– con el origen mismo de la vida. Dios era la palabra y le hizo al hombre el regalo de enseñársela, distinguiéndolo así entre todos los seres vivos.

Algunas prácticas, desdichadamente poco frecuentes, hacen honor al carácter sagrado de la palabra. Entre los wayú o guajiros, una tribu caribeña que aún vive, sin preocuparse de fronteras, en una península que ocupa territorio de Colombia y Venezuela, existe una figura admirable que ha merecido la consideración de patrimonio inmaterial de la humanidad por la UNESCO: el *Palabrero*. ¿Cuál es su función? Resolver los conflictos a través de la mediación y la negociación, es decir, a través de la palabra. Y ese es el fundamento de un sistema jurídico envidiable, que saca las vergüenzas al civilizado y descreído primer mundo.

El nombre exacto

El don de la palabra confiere al hombre la primacía de la creación. Así lo comprobamos en uno de los textos más hermosos del *Génesis*, aquel que nos informa de la primera tarea que Dios le encargó a Adán, un quehacer maravilloso. Yahvé le pidió al primer hombre que se sentara a la entrada del Paraíso y luego hizo desfilar ante él a todos los animales de la tierra y las aves del cielo para que les pusiera nombre. Al hacerlo, Adán debió de sentirse dios. Y nos mostró que la palabra guarda dentro la facultad asombrosa de ordenar el mundo y hacerlo reconocible, que es tanto como decir habitable.

Desde entonces, no hemos dejado de jugar a ese juego que nos hace vecinos de los dioses: nombrar. “Inteligencia, dame / el nombre exacto de las cosas” escribe Juan Ramón Jiménez, empeñado en redefinir el mundo: “Que mi palabra sea / la cosa misma, / creada por mi alma / nuevamente”. Miguel Delibes, por su parte, asegura: “En mis relatos y novelas sobre Castilla, lo único que pretendo es llamar a las cosas por su nombre y saber el nombre de las cosas”. Nombrar es privilegio de creadores; y estimula al hombre porque su deseo íntimo es llegar a ser dueño de los nombres. Llegar a ser dios, título que reclama para sí el chileno Vicente Huidobro en su poema “Arte poética”:

Por qué cantáis la rosa, ¡oh Poetas!
Hacedla florecer en el poema;
sólo para nosotros
viven todas las cosas bajo el Sol.
El Poeta es un pequeño Dios.

Nos aferramos a las cosas que nos importan a través de las palabras. Hay un poema de Rafael Morales que nos habla de la vida y de la muerte, del secreto de la existencia, a través de una pequeña cosa, una chaqueta de lana que el poeta ha hecho suya con las palabras, además de con su cuerpo. Es el “Soneto triste para mi última chaqueta”:

Esta tibia chaqueta rumorosa
que mi cuerpo recoge entre su lana,
se quedará colgada una mañana,
se quedará vacía y silenciosa.
Su delicada tela perezosa
cobijará una sombra fría y vana,
cobijará una ausencia, una lejana
memoria de la vida presurosa.
Conmigo no vendrá, que habré partido,
y entre su mansa lana entretejida
tan sólo dejaré mi propio olvido.
Donde alentara la gozosa vida,
no alentará ni el más pequeño ruido,
sólo una helada sombra dolorida.

He ahí la magia de la palabra: el poeta nos habla de una chaqueta “tibia y rumorosa”, imposible de imaginar en una percha distinta de aquella en la que está colgada, imposible de ver embutida en un cuerpo diferente de aquel al que se acopla, mansa y amorosa. Las palabras han domesticado un objeto. Si no nombramos las cosas para individualizarlas dentro del conjunto informe al que pertenecen, no las poseemos. Adviértase que la chaqueta del poema nada tiene que ver con la serie de prendas que pueden encontrarse en un perchero de “El Corte Inglés”. Parecen llamarse igual, los sonidos coinciden, pero son realidades diferentes.

Nombrar es una pasión y también una necesidad que sentimos desde la infancia. El niño bautiza a su osito de peluche para apropiarse de él y convertirlo en interlocutor y confidente. Quien pone nombre a su perro o a cualquier otro animal doméstico, lo especifica y lo hace suyo. Quienes van a ser padres dedican horas, meses incluso, a elegir un nombre para su hijo, un antropónimo capaz de hacerlo inequívocamente propio: y cuando es María, Miguel, José Luis o Elisa, y ese apelativo puede decirse para dentro de uno mismo, y soñarse, y acariciarse, identifica y singulariza al hijo entre las demás criaturas. Alonso Quijano no se siente caballero andante hasta que no se ha bautizado a sí mismo y ha puesto nombre a su caballo y a su dama. Nos pasamos la vida, como Adán en el Paraíso, nombrando todo lo que nos rodea, *apalabrando* el mundo para que nos resulte habitable.

Por contra, quien carece de nombre, o a quien se le niega, se convierte en un paria: para la religión católica, mientras el niño no es bautizado —es en el bautizo cuando se le impone el nombre— no pertenece verdaderamente a la familia cristiana. En Roma, los esclavos, que no eran ciudadanos romanos, no tenían nombre legal. Y cuando Ulises urde la manera de escapar de Polifemo, le dice que se llama “Nadie”, “El sin nombre”, de modo que cuando

el temible gigante le dice a los otros cíclopes que “Nadie” le ha cegado el único ojo que tiene, sus compinches creen que se ha vuelto loco.

La palabra que nos identifica se protege celosamente, como signo de la identidad. En ciertas culturas primitivas, donde aún la superstición y la magia justifican el mundo, se piensa que si una criatura recibe el nombre de un antepasado, este renace en él; y algo parecido sucede en nuestra cultura, donde durante siglos se ha impuesto al recién nacido el nombre del padre o de la madre, de la abuela o del abuelo. Hay indígenas africanos que se niegan a decir a los extraños cómo se llaman: el nombre es parte indisoluble de su intimidad y, si alguien a quien no se conoce se apodera de él, puede también apoderarse del espíritu. En determinadas tribus australianas todo el mundo tiene dos nombres: uno general, social, y otro especial, íntimo, que solo conocen los miembros del mismo grupo. En algunos lugares de África, en presencia de extraños, únicamente se alude a los demás mediante apodos descriptivos: “El Zurdo”, “El de los Pies Pequeños”, y se reserva el nombre para el trato familiar y para un reducido círculo de amistades.

Todos esos ejemplos prueban que el nombre, como cualquier palabra sustancial, no sólo representa a la realidad: **es** la realidad. De ahí que nombrar se convierta en una obsesión, que incluso llega a extremos ridículos: en su afán por subrayar la propiedad de algo, hay quien, por ejemplo, le pone nombre a su coche.

El oficio del escritor es de stirpe divina pues crea mundos, inventa personajes, extrae de la nada vidas diferentes de la suya. Y el escritor sabe que para que sus criaturas resulten verosímiles han de tener una identidad definida, de la que forma parte el nombre salvo que su identidad consista, precisamente, en no tenerla; entonces son seres disminuidos, apenas hombres, como ese personaje de Bertolt Brecht al que solo se alude con una inicial (el señor K.) o las criaturas de Valle-Inclán, que apenas merecen un apodo desgarrado: el Buey Apis, Pica Lagartos, la Lunares.

En cambio en *La colmena*, un relato por el que circulan cerca de trescientos personajes, la mayoría no tiene nada: ni siquiera son capaces de soñar, forman parte de una muchedumbre mostrenca de infelices. Sin embargo todos ellos, aun cuando no ocupen más de dos líneas en el texto, tienen nombre, y con frecuencia, nombre y apellidos: Eloy Rubio Antofagasta, José Giménez Figueras, Julita Moisés Leclerc, Ventura Aguado Sans. Esa antítesis entre masa indiferenciada y señas de identidad individuales, da verosimilitud a los personajes, aunque apenas sepamos quiénes son. Es una argucia con la que el novelista resuelve un problema técnico: el de poner en pie una multitud y que esta no solo se sostenga, sino que además pueda encarnar a toda una ciudad. Pero también Cela viene a decirnos que el último privilegio que tenemos, la única propiedad que nos queda cuando ni de la propia vida podemos disponer, es el nombre.

Los personajes, como las personas, no pueden llamarse de cualquier manera. De ahí que los escritores, como los padres, busquen amorosamente el nombre que conviene a cada cual, un proceso que a veces se hace angustioso. Gabriel García Márquez escribió en una ocasión: “Parece tonto, pero está muy lejos de serlo: si el nombre no se ajusta al personaje, se le crea a nadie, y hay muchas novelas en este mundo, inclusive novelas buenas, que se desbarrancan en el olvido porque los personajes tienen nombres equivocados”. Y cuenta que, cuando se llevó al cine su relato “La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada”, la actriz griega Irene Papas, intérprete del innominado personaje de la abuela,

se resistía a aceptar el papel mientras yo no le pusiera un nombre: “Si no tiene un nombre no lograré sentir que soy yo”, me dijo. Pero yo también fui sincero: si no sabía el nombre no podía ponerle uno cualquiera, porque corría el riesgo de que se nos volviera un personaje distinto. Irene Papas decidió entonces ponerle al personaje un nombre secreto, solo para ella, para poder evocarlo y meterse con facilidad dentro de su pellejo. Me prometió no decirlo nunca, y si alguna vez lo dice, espero no conocerlo.

La palabra está tan indisolublemente atada a nuestras tripas que es imposible separarnos de ella. Estamos hechos de palabras. Y en ellas nos refugiamos cuando el entorno nos desagrada, como hace el protagonista de un conocido cuento del escritor catalán Pere Calders en que un niño, para huir de la rutina y la opresión cotidiana, en buena medida representadas por el colegio, se inventa un mundo imaginario que llama *Antaviana*. Ese niño que busca un mundo mejor, libre de profesores y de adultos, sabe que solo lo tendrá si es capaz de ponerle nombre. Cuando da con él, cuando es dueño de una palabra exclusivamente suya, alcanza un bienestar inefable.

Y es que todos hemos imaginado alguna vez un país, un rincón, una nube que eran solo nuestros y que tenían un nombre que nadie más conocía. Carmen Martín Gaité relata una experiencia personal en *El cuarto de atrás*: un día, una amiga del colegio le propuso idear una isla secreta, a la que bautizaron con las primera sílabas de sus respectivos apellidos: *Bergai*. Fue como encontrar una imagen de la felicidad. “Mi amiga me había descubierto el placer de la evasión solitaria, esa capacidad de invención que nos hace sentirnos a salvo de la muerte”, dice la escritora.

Para que el mundo nos quepa en la cabeza necesitamos representarlo con palabras. Incluso inventarlo. Todos le hemos fabricado una biografía a algún desconocido. Nos gusta la ficción, estamos hechos para vivir en esa frontera donde la realidad objetiva y la imaginada se tocan y conforman nuestra realidad personal. A todos nos seduce *El juego de*

Yalta, como lo llamó Chejov en una obra de teatro. “Ese tipo -nos decimos al ver a una pareja sentada en un banco del parque- tiene cara de llamarse Gerardo, de ser charcutero y de andar buscándole las vueltas a la vecina del quinto; pero su mujer empieza a tener la mosca tras la oreja y lo mira mal. Por eso tiene gesto de preocupación”. Tenemos una tendencia irrefrenable a hacer de la realidad una novela, es decir, un edificio verbal.

Esa necesidad fabuladora la convirtió García Márquez en el asunto de un cuento sugestivo, “El ahogado más hermoso del mundo”. A un remoto lugar del Caribe llega, entre restos de flora marina y pecios de buques fantasmas, el cadáver de un desconocido para quien, poco a poco, todo el pueblo, deseoso de escapar a sus rutinas, va fabricando una historia. Le crean una personalidad, le construyen una biografía y hasta le buscan parentesco, de modo que al final todos acaban siendo familiares a través de él. Cuando lo devuelven al mar, tras hacerle unos funerales dignos de un faraón, se saben incompletos para siempre pero enriquecidos por el recuerdo del ahogado. Pues bien: el momento decisivo del relato, el instante mágico en que todos los habitantes del pueblecito son conscientes de que han hecho al ahogado suyo para siempre, se produce mientras las mujeres están adacentando el cadáver:

La más vieja de las mujeres, que por ser la más vieja había contemplado al ahogado con menos pasión que compasión, suspiró:

–Tiene cara de llamarse Esteban

Era verdad. A la mayoría le bastó con mirarlo otra vez para comprender que no podía tener otro nombre. Las más porfiadas, que eran las más jóvenes, se mantuvieron con la ilusión de que al ponerle la ropa, tendido entre flores y con unos zapatos de charol, pudiera llamarse Lautaro. Pero fue una ilusión vana. El lienzo resultó escaso, los pantalones mal cortados y peor cosidos le quedaron estrechos, y las fuerzas ocultas de su corazón hacían saltar los botones de la camisa. Después de media noche se adelgazaron los silbidos del viento y el mar cayó en el sopor del miércoles. El silencio acabó con las últimas dudas: era Esteban.

Necesitamos hablar para comunicarnos, sí, pero nos es necesario fabular para descifrar el mundo. Es la pasión principal del ser humano. Y como eso lo saben también los dioses, permiten que los hombres se hagan la ilusión de ser como ellos hasta que ven en peligro su estatus. Los dioses griegos castigaban de manera brutal a quienes pretendían invadir su terreno. Y el dios cristiano no le iba a la zaga: el asunto de la manzana, como sabemos, nos salió bien caro. Pero no fue el único escarmiento que nos dio; en un inquietante episodio bíblico, Yahvé se vio amenazado por el hecho de que todos los hombres hablaran una sola lengua. El pasaje pertenece también al *Génesis*:

Toda la tierra tenía una misma lengua y usaba las mismas palabras. Los hombres en su emigración desde oriente hallaron una llanura en la región de Senaar y se establecieron allí. Y se dijeron unos a otros: «Ea, hagamos ladrillos y cozámoslos al fuego». Se sirvieron de los ladrillos en lugar de piedras y de betún en lugar de argamasa. Luego dijeron: «Ea, edifiquemos una ciudad y una torre cuya cúspide llegue hasta el cielo. Hagámonos así famosos y no estemos más dispersos sobre la faz de la tierra». Mas Yahvé descendió para ver la ciudad y la torre que los hombres estaban levantando y dijo: «He aquí que todos forman un solo pueblo y todos hablan una misma lengua, siendo esto el principio de sus empresas. Nada les impedirá llevar a cabo todo lo que se propongan. Pues bien, descendamos y allí mismo confundamos su lenguaje de modo que no se entiendan los unos a los otros». Así Yahvé los dispersó de allí sobre toda la faz de la tierra y cesaron en la construcción de la ciudad. Por ello se la llamó Babel, porque allí confundió Yahvé la lengua de todos los habitantes de la tierra y los dispersó por toda su superficie.

Es un episodio muy ilustrativo de la relación entre los hombres y el poder. Hablar, entendernos, nos hace capaces de aliarnos, nos hace peligrosos, subversivos, pues, como teme Yahvé, podemos llevar a cabo lo que nos propongamos. No es extraño que, como ese Dios amenazado, los poderosos hayan defendido siempre sus privilegios impidiendo que los hombres se entiendan, prohibiéndoles hablar o cortándoles el acceso al dominio de la lengua, conscientes de que nada hay tan revolucionario y amenazador como un hombre que habla y que ejerce el derecho fundamental de hablar... y de equivocarse. No hay que temer por ello, ya lo dijo Churchill: “A menudo me he tenido que comer mis palabras y he descubierto que eran una dieta equilibrada”.

Nos queda la palabra

La palabra es un instrumento para indagar el misterio de la vida. Por eso no hay nada tan patético como una persona que tiene amputada parte de su facultad para relacionarse con las palabras. El novelista Luis Landero lo cuenta en una página emotiva:

Mi primera experiencia literaria fueron los cuentos que me contaba mi abuela. Mi abuela se llamaba Francisca y era analfabeta. Viví con ella un tiempo (yo debía de tener unos cinco o seis años, y esto ocurrió en Albuquerque, pueblo remoto de Extremadura), y recuerdo que un día, al recibir una carta, se echó a llorar de golpe. Le pregunté por qué y ella me dijo entre pucheros que porque no sabía leer. Y, a su manera, me vino a explicar que, igual que la jirafa tiene un cuello muy largo y las liebres unas patas veloces, así también el hombre había desarrollado una herramienta especializada, que era el lenguaje. Y que, como la escritura es su forma más prestigiosa y poderosa, los que no saben leer vienen a ser como liebres cojas: animales mutilados que apenas son gente. Aquellas palabras me impresionaron

mucho, y enseguida aprendí a leer para descifrarle a mi abuela cualquier papel que caía en nuestras manos.

Como no somos liebres cojas, podemos encontrar en la palabra un antídoto contra la injusticia, contra la represión, contra el miedo. Como dijo Aldous Huxley, “las palabras son como los rayos X, lo atraviesan todo”. Incluso el hombre reducido a la mínima condición humana, sin derecho a nada por capricho de quienes se arrogan la facultad de salvarnos a todos, sabe que nadie podrá acabar del todo con él mientras le quede la palabra. Es inevitable recordar aquí un poema de Blas de Otero que se convirtió en santo y seña de una época en que hizo falta agarrarse a nuestra sustancia lingüística para no perder la esperanza:

Si he perdido la vida, el tiempo, todo
lo que tiré, como un anillo, al agua;
si he perdido la voz en la maleza,
me queda la palabra.
Si he sufrido la sed, el hambre, todo
lo que era mío y resultó ser nada,
si he segado las sombras en silencio,
me queda la palabra.
Si abrí los labios para ver el rostro
puro y terrible de mi patria,
si abrí los labios hasta desgarrármelos,
me queda la palabra.

Un contemporáneo de Blas de Otero, Gabriel Celaya, soñó incluso con transformar el mundo a través de la palabra, que es la única arma de *construcción masiva* que se conoce. Y ese sueño lo plasmó en un poema que muchos han recitado y cantado. Para Celaya “La poesía es un arma cargada de futuro”:

Cuando ya nada se espera personalmente exaltante,
mas se palpita y se sigue más acá de la conciencia,
fieramente existiendo, ciegamente afirmando,
como un pulso que golpea las tinieblas,

cuando se miran de frente
los vertiginosos ojos claros de la muerte,
se dicen las verdades:
las bárbaras, terribles, amorosas crueldades.

Se dicen los poemas

que ensanchan los pulmones de cuantos, asfixiados,
piden ser, piden ritmo,
piden ley para aquello que sienten excesivo.
Con la velocidad del instinto,
con el rayo del prodigio,
como mágica evidencia, lo real se nos convierte
en lo idéntico a sí mismo.

Poesía para el pobre, poesía necesaria
como el pan de cada día,
como el aire que exigimos trece veces por minuto,
para ser y en tanto somos dar un sí que glorifica.

Porque vivimos a golpes, porque apenas si nos dejan
decir que somos quien somos,
nuestros cantares no pueden ser sin pecado un adorno.
Estamos tocando el fondo.

Maldigo la poesía concebida como un lujo
cultural por los neutrales
que, lavándose las manos, se desentienden y evaden.
Maldigo la poesía de quien no toma partido hasta mancharse.

Hago más las faltas. Siento en mí a cuantos sufren
y canto respirando.
Canto, y canto, y cantando más allá de mis penas
personales, me ensancho.

Quisiera daros vida, provocar nuevos actos,
y calculo por eso con técnica qué puedo.
Me siento un ingeniero del verso y un obrero
que trabaja con otros a España en sus aceros.

Tal es mi poesía: poesía-herramienta
a la vez que latido de lo unánime y ciego.
Tal es, arma cargada de futuro expansivo
con que te apunto al pecho.

No es una poesía gota a gota pensada.
No es un bello producto. No es un fruto perfecto.

Es algo como el aire que todos respiramos
y es el canto que espacia cuanto dentro llevamos.

Son palabras que todos repetimos sintiendo
como nuestras, y vuelan. Son más que lo mentado.
Son lo más necesario: lo que no tiene nombre.
Son gritos en el cielo, y en la tierra son actos.

También hay que aprender a defenderse de las palabras, porque a veces se confabulan para desorientarnos, atrápanos y dejarnos inermes. Sobre esto han hablado muchos escritores; pero pocos textos lo muestran tan bien de manera tan sencilla, y tan humorística, como este que pertenece a una novela del escritor uruguayo Mario Benedetti, *Primavera con una esquina rota* (1982). Beatriz es una niña de diez años, hija de un preso político que está encarcelado en una ciudad uruguaya que se llama Libertad. Atónita ante semejante paradoja, el mundo se presenta a ojos de Beatriz como un laberinto indescifrable y las palabras se le vuelven huéspedes:

Libertad es una palabra enorme. Por ejemplo, cuando terminan las clases, se dice que una está en libertad. Mientras dura la libertad, una pasea, una juega, una no tiene por qué estudiar. Se dice que un país es libre cuando una mujer cualquiera o un hombre cualquiera hacen lo que se les antoja. Pero hasta los países libres tienen cosas muy prohibidas. Por ejemplo, matar. Eso sí, se pueden matar mosquitos y cucarachas, y también vacas para hacer churrascos. Por ejemplo, está prohibido robar, aunque no es grave que una se quede con algún vuelto cuando Graciela, que es mi mami, me encarga alguna compra. Por ejemplo, está prohibido llegar tarde a la escuela, aunque en ese caso hay que hacer una cartilla, mejor dicho la tiene que hacer Graciela, justificando por qué. Así dice la maestra: justificado.

Libertad quiere decir muchas cosas. Por ejemplo, si una no está presa, se dice que está en libertad. Pero mi papá está preso y sin embargo está en Libertad, porque así se llama la cárcel donde está hace ya muchos años. A eso el tío Rolando lo llama qué sarcasmo. Un día le conté a mi amiga Angélica que la cárcel en que está mi papi se llama Libertad y que el tío Rolando había dicho que era un sarcasmo y a mi amiga Angélica le gustó tanto la palabra que cuando su padrino le regaló un perrito le puso de nombre Sarcasmo. Mi papá es un preso, pero no porque haya matado o robado o llegado tarde a la escuela. Graciela dice que papá está en Libertad, o sea está preso, por sus ideas. Parece que mi papá era famoso por sus ideas. Yo también a veces tengo ideas, pero todavía no soy famosa. Por eso no estoy en Libertad, o sea que no estoy presa.

Si yo estuviera presa, me gustaría que dos de mis muñecas, la Toti y la Mónica, fueran también presas políticas. Porque a mí me gusta dormirme abrazada por lo menos a la Toti. A la Mónica no tanto, porque es muy gruñona. Yo nunca le pego, sobre todo para darle ese buen ejemplo a Graciela.

Ella me ha pegado pocas veces, pero cuando lo hace yo quisiera tener muchísima libertad. Cuando me pega o me rezonga yo le digo Ella, porque a ella no le gusta que la llame así. Es claro que tengo que estar muy alunada para llamarle Ella. Si, por ejemplo, viene mi abuelo y me pregunta dónde está tu madre, y yo le contesto Ella está en la cocina, ya todo el mundo sabe que estoy alunada, porque si no estoy alunada digo solamente Graciela está en la cocina. Mi abuelo siempre dice que yo salí la más alunada de la familia y eso a mí me deja muy contenta. A Graciela tampoco le gusta demasiado que yo la llame Graciela, pero yo la llamo así porque es un nombre lindo. Sólo cuando la quiero muchísimo, cuando la adoro y la beso y la estrujo y ella me dice ay chiquilina no me estrujes así, entonces sí la llamo mamá o mami, y Graciela se conmueve y se pone muy tiernita y me acaricia el pelo, y eso no sería así ni sería bueno si yo le dijera mamá o mami por cualquier pavada.

O sea que la libertad es una palabra enorme. Graciela dice que ser un preso político como mi papá no es ninguna vergüenza. Que casi es un orgullo. ¿Por qué casi? Es orgullo o es vergüenza. ¿Le gustaría que yo dijera que es casi vergüenza? Yo estoy orgullosa, no casi orgullosa, de mi papá, porque tuvo muchísimas ideas, tantas y tantísimas que lo metieron preso por ellas. Yo creo que ahora mi papá seguirá teniendo ideas, tremendas ideas, pero es casi seguro que no se las dice a nadie, porque si las dice, cuando salga de Libertad para vivir en libertad, lo pueden meter otra vez en Libertad. ¿Ven como es enorme?

Siempre nos quedará la palabra, sí. Pero no solo en tiempos inhóspitos en los que es preciso luchar para seguir viviendo, sino también, y principalmente, cuando amamos. Las palabras son el amor, el amor es las palabras.

Para que tú me oigas

Nunca se colorea tanto nuestra voz como cuando habla de amor. Nadie que ame deja de inventar un lenguaje capaz de distinguir a la persona amada entre todas personas del mundo. Nunca es más íntima la palabra que cuando se dirige al amante. Cuando amamos, marcamos el terreno de nuestro cariño con un cerco de palabras en el que nadie más puede entrar. Si un extraño oye por acaso el lenguaje de los enamorados —lleno de diminutivos, de empalagos y sutilezas, de palabras dichas con acento insólito—, lo considera ridículo. Es lógico: cuando la intimidad se expone en público es un espectáculo grotesco. El enamorado delimita su espacio verbal y aspira a traspasar la barrera de los significados, a desnudar la palabra de servidumbres

y a domesticarla para que solo obedezca a sus labios y solo sea apta para los oídos de la persona amada. El enamorado, aspira a hacer posible esta sentencia de Chateaubriand: “Hay palabras que solo deberían servir una vez”. Qué mejor regalo si estuviera en nuestra mano hacerlo.

Pablo Neruda habla de manera hermosa en el número 5 de sus *Veinte poemas de amor* sobre las palabras que sirven al amor:

Para que tú me oigas
mis palabras
se adelgazan a veces
como las huellas de las gaviotas en las playas.

Collar, cascabel ebrio
para tus manos suaves como las uvas.

Y las miro lejanas mis palabras.
Más que mías son tuyas.
Van trepando en mi viejo dolor como las yedras.

Ellas trepan así por las paredes húmedas.
Eres tú la culpable de este juego sangriento.

Ellas están huyendo de mi guarida oscura.
Todo lo llenas tú, todo lo llenas.

Antes que tú poblaron la soledad que ocupas,
y están acostumbradas más que tú a mi tristeza.

Ahora quiero que digan lo que quiero decirte
para que tú las oigas como quiero que me oigas.

El viento de la angustia aún las suele arrastrar.
Huracanes de sueños aún a veces las tumban.
Escuchas otras voces en mi voz dolorida.
Llanto de viejas bocas, sangre de viejas súplicas.

Ámame, compañera. No me abandones. Sígueme.
Sígueme, compañera, en esa ola de angustia.

Pero se van tiñendo con tu amor mis palabras.

Todo lo ocupas tú, todo lo ocupas.
Voy haciendo de todas un collar infinito
para tus blancas manos, suaves como las uvas.

Un collar de palabras, una cárcel de amor donde meter a la amada para que escuche lo que los demás no pueden ni deben oír.

Tan importantes son las palabras de amor que hay quien piensa que amar es, en el fondo, fabricarse un edificio de ilusiones y de palabras. Antonio Machado:

Todo amor es fantasía;
él inventa el año, el día,
la hora y su melodía;
inventa el amante y, más,
la amada. No prueba nada,
contra el amor, que la amada
no haya existido jamás.

De modo que se puede amar el mismo amor, una idea, una ilusión; pero no se puede amar sin la palabra que nombra esa fantasía. Pocos han expresado como Pedro Salinas la pasión con que el enamorado busca la palabra exacta, esa que se adelgaza para que se oiga exactamente como debe oírse. Es una búsqueda difícil, porque el lenguaje se gasta con el uso y pierde su brillo, mientras que el enamorado necesita estrenarlo. Incluso el nombre a veces se interpone entre los amantes: muchos enamorados rebautizan al amado o a la amada, le cambian el nombre, lo mastican para que fermente en sus jugos gástricos y quede reconocible únicamente en la intimidad.

Pedro Salinas ofrece una solución: eliminar la barrera del nombre y refugiarse en los pronombres: “tú” y “yo”. Nada estrecha tanto las distancias, nada tan íntimo como un *tú* que permita al *yo* identificar con exactitud a la persona amada entre todas las personas de este mundo:

Para vivir no quiero
islas, palacios, torres.
¡Qué alegría más alta:
vivir en los pronombres!

Quítate ya los trajes,
las señas, los retratos;
yo no te quiero así,

disfrazada de otra,
hija siempre de algo.
Te quiero pura, libre,
irreductible: tú.
Sé que cuando te llame
entre todas las gentes
del mundo,
solo tú serás tú.
Y cuando me preguntes
quién es el que te llama,
el que te quiere suya,
enterraré los nombres,
los rótulos, la historia.
Iré rompiendo todo
lo que encima me echaron
desde antes de nacer.
Y vuelto ya al anónimo
eterno del desnudo,
de la piedra, del mundo,
te diré:
«Yo te quiero, soy yo».

En el amor, las palabras se adelgazan, como decía Neruda, se quintaesencian para despojarse de significados añadidos e innecesarios. El lenguaje adquiere entonces un sentido casi sagrado y nos recuerda que estamos hechos de la materia de los dioses.

Final

La palabra, en suma, nos hace ser lo que somos: en el amor, en el sufrimiento, en los sueños, en los deseos, en la desesperanza... Y es, como también escribió Pedro Salinas en su ensayo *El defensor*, un instrumento de civilización y apaciguamiento. Creo que no pueden encontrarse razones más convincentes en elogio y defensa de la palabra que estas:

No hay duda de que en la palabra cordial e inteligente tiene la violencia su peor enemigo. ¿Qué es el refrán español de “hablando se entiende la gente” sino una invitación a resolver por medio de palabras los antagonismos? Las instituciones creadas para que los asuntos públicos sean regidos por el consenso de muchos, y no por la voluntad de uno, se llaman desde la Edad Media, parlamentos, lugar donde se parla o se habla. Para solicitar la suspensión de la lucha se envía un parlamentario. Se ha advertido que el dictador más conspicuo de la historia,

el canciller Hitler, desmesura el lenguaje humano y sacándolo del noble tono de la elocución normal lo lleva al rugido, al grito histérico y a los efectos fonéticos animales. Cabe la esperanza de que cuando los hombres hablen mejor, mejor se sentirán en compañía, se entenderán más delicadamente. La lengua es siempre una potencia vinculadora, pero su energía vinculatoria está en razón directa de lo bien que se hable, de la capacidad del hablante para poner en palabras propias su pensamiento y sus afectos. Sólo cuando se agota la esperanza en el poder suasorio del habla, en su fuerza de convencimiento, rebrillan las armas y se inicia la violencia.

Nota biográfica

Julián Moreiro ha sido catedrático de enseñanza secundaria. Ha publicado diversos estudios relacionados con la didáctica de la lengua y la literatura (*Cómo leer textos literarios*, Edaf, 1996, *De Harry Potter al Quijote. La lectura en la escuela secundaria*, Cénlit, 2012) y con la historia de la literatura (*El teatro español contemporáneo, 1939-1989*, Akal, 1990) y ha editado en colecciones diversas obras de autores como Ana María Matute, Silverio Lanza, Camilo José Cela, Valle-Inclán o Carmen Martín Gaité. Interesado por el estudio del humor contemporáneo, es coautor de una antología de *La Codorniz* (1998) y de otra del humor en los años setenta (*El humor en la transición*, 2001). En 2004 publicó una biografía de Miguel Mihura (*Mihura. Humor y melancolía*, Algaba, 2004) y en 2008 *Españoles excesivos* (Edaf, 2008), donde traza con irónica distancia la semblanza de algunos personajes peculiares de nuestra historia, desde Cabeza de Vaca a Millán Astray, pasando por el duque de Lerma o Sor Patrocinio. Ha pronunciado varias conferencias en la UMER y es autor del Cuaderno UMER nº 84, *Escritoras pioneras del Siglo XX en España. Cuando la literatura era cosa de hombres*,

CUADERNOS DE U.M.E.R.

Nos. 1 al 60 agotados. Pueden consultarse en la página web www.umer.es

Nº 61: "Barrio de Maravillas, de Rosa Chacel". Carmen Mejías Bonilla.

Nº 62: "Breve historia de la Estadística y el Azar". Benita Compostela Muñiz.

Nº 63: "Miguel Hernández (1910-1942), *en el sabor del tiempo*". Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 64: "Los retos de la educación para la ciudadanía". Luis María Cifuentes.

Nº 65: "Las mujeres en la Ciencia". Antonio C. Colino.

Nº 66: "Miguel Hernández. Con tres heridas: la de la muerte, la del amor, la de la vida". María Jesús Garrido.

Nº 67: "El Banco de España: funciones e historia". Enrique Ortiz Alvarado.

Nº 68: "Carmen de Burgos: La voz de los sin voz". Carmen Mejías.

Nº 69: "Del *Cantar* del Cid a Cernuda: El destierro en la poesía española". Feliciano Páez-Camino.

Nº 70: "El conflicto árabe-israelita: génesis y nudo". Francisco Acebes del Río.

Nº 71: "Filosofía de la risa". Augusto Klappenbach.

Nº 72: "Hipoteca inversa". Antonio Martínez Maroto.

Nº 73: "Muchachas que trabajan". Carmen Mejías Bonilla.

Nº 74: "Antonio Machado: Soñando caminos". María Jesús Garrido Calvillo.

Nº 75: "Sobre la historia del teatro musical español: la zarzuela y sus alrededores". Juan Carlos Talavera.

Nº 76: "La historia en la obra de Manuel Azaña". Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 77: "Machado, Lorca y Hernández. Los poetas de la guerra". Víctor Agramunt Oliver.

Nº 78: "Envejecimiento activo y participación". Loles Díaz Aledo.

Nº 79: "La Constante: mina de leyenda en Hieldelaencina". Ana Parra y Gloria Viejo

Nº 80: "Españoles en Argelia: conquistas, migraciones, exilios". Feliciano Páez-Camino

Nº 81: "Vejez y sabiduría". José Segovia Pérez

Nº 82: "Medios de comunicación en España. El reto de contarlos en una hora". Joaquín Sotelo

Nº 83: "1914. Significación Histórica de la Gran Guerra". Feliciano Páez-Camino

Nº 84: "Escritoras pioneras del Siglo XX en España. Cuando la literatura era cosa de hombres". Julián Moreiro

Nº 85: "Memoria de la Universidad de Mayores Experiencia Recíproca (Umer) 2009-2014". Umer

Nº 86: "La ciencia descubre, la industria aplica, el hombre se somete". José Segovia

Nº 87: "España ante la Primera Guerra Mundial". Feliciano Páez-Camino

Nº 88: "Los mayores del siglo XXI: Nuevas imágenes y nuevas perspectivas". Loles Díaz Aledo

Nº 89: "El envejecimiento: alimentación y estilo de vida saludable". Isabel Calvo Viñuela

Nº 90: "La poesía popular". Víctor Agramunt Oliver

Nº 91: "¿Se respetan los Derechos Humanos? La Declaración Universal de 1948". Silvia Escobar

Nº 92: "Elogio de la palabra". Julián Moreiro

